

Quevedo Villegas, Francisco, *España defendida de los tiempos de ahora de las calumnias de los noveleros y sediciosos*, ed. V. Roncero López, Pamplona, Eunsa, 2013, 193 pp. (ISBN: 978-84-313-2904-4)

Francisco de Quevedo fue un prolífico escritor humanista y, ante todo, un idealista. Entre los años 1609-1612 escribe la *España defendida y los tiempos de ahora de las calumnias de los noveleros y sediciosos*, una de sus obras más relevantes y que, en cierto modo, lo definen.

La edición crítica de Victoriano Roncero López ha salido a luz con la esperanza de poder reelaborar y estudiar este idealismo ardiente que Quevedo defendía mediante un saber exquisito y un hábil manejo de las palabras. Roncero López se enfrenta a una tarea delicada y enrevesada: ordenar este saber de forma tanto didáctica como agradable al lector. La preocupación en un estudio de tal magnitud radica, en consecuencia, en ordenar y descifrar las interminables –tanto implícitas como explícitas– fuentes y referencias bibliográficas. El autor se enfrenta a dicha dificultad a través de un estudio abarcador y una anotación coherente y precisa.

El estudio comienza con una contextualización del escritor dentro del marco global de su obra, lo cual ayuda al lector a seguir la formación y evolución de su pensamiento, marcadamente moralizador (*Discurso de las privanzas*, *Sueño del Infierno*, etc.). En este sentido, la introducción ayuda a dar cierta luz al lector a la hora de comprender al escritor madrileño. Se enumeran datos relevantes de su biografía – en particular aquellos referidos a su talante humanista–, ayudando de esta manera a dibujar un retrato coherente del literato, al tiempo que presenta un trasfondo cultural de gran interés a la hora de enfrentar la labor hermenéutica del escrito.

Destaca la indagación que realiza Roncero en torno al carácter de Quevedo como escritor a través del modo que tenía éste de encarar la producción de sus escritos, plagada de constantes idas y venidas caracterizadas por numerosas correcciones y añadidos; frente a la imagen tradicional que se ha proyectado del autor, Roncero propone «desechar esa imagen de escritor despreocupado por su obra, descuidado en la redacción de sus textos que algunos quevedistas han querido perpetuar» (p. 63).

A la hora de enjuiciar las anotaciones en ediciones críticas –en especial aquellas pertenecientes al Siglo de Oro– uno se enfrenta al eterno debate entre aquellos que propugnan austeridad en el uso de dichas anotaciones, frente a aquellos que defienden explayarse lo que sea necesario con tal de ayudar a iluminar la obra; asimismo, es difícil encontrar el equilibrio entre una anotación en exceso academicista, o aquella que cae en simplezas que lo único que consiguen es desdibujar la obra enjuiciada. Podría parecer que, ante estos dilemas, lo único que le queda al crítico es analizar el trabajo del editor desde su propio punto de vista como lector.

Tomando esta reflexión en cuenta, desde mi opinión personal considero que el autor —a pesar de algunas citas en latín que, si bien se requieren para vincular a la fuente de Quevedo, resultan largas en exceso— ha conseguido ordenar con gran maestría la ingente cantidad de referencias bibliográficas, fuentes, intertextualizaciones y menciones de los múltiples maestros que Quevedo menciona o a los cuales alude en este escrito. Este respetuoso editor ha conseguido un trabajo excelente, sintetizando con gran habilidad todas aquellas referencias necesarias para facilitar la comprensión de la obra, evitando hacer del estudio un libro de notas innecesariamente extenso.

En cuanto a lo que parecía la dificultad más inabordable, a saber, el uso de lenguas antiguas —especialmente las semíticas—, Roncero ha logrado ubicar y contextualizar el trasfondo de cada idioma o dialecto. Es probable que el lector modelo de una obra de este tipo tenga un previo conocimiento básico del tema, y aunque tal conocimiento no es obligatorio, le puede facilitar el entendimiento de las múltiples fuentes. Asimismo, Roncero ha echado mano de la inestimable ayuda de conocedores de dichos idiomas, la cual resulta imprescindible a la hora de comprender en todo su calado el texto quevedesco. Por ejemplo, en el caso del hebreo, Roncero ha consultado a los profesores Ruth Fine y Eran Cohen de la Universidad Hebrea de Jerusalén, además de Sharonah Fredrick y otros estudiosos. En efecto, en ciertos puntos se realizan aclaraciones de ciertas nociones que requieren un conocimiento notable de esta lengua. Sin embargo, por mucho que la ayuda resulte valiosa, se echan de menos algunas aclaraciones sobre el nivel y la autenticidad de las afirmaciones quevedescas, aunque resulta igualmente cierto que explicar dichas afirmaciones —abarcándolas en su totalidad— resulta un ideal irrealizable; encarar una tarea de este tipo requeriría una obra propia y completamente nueva.

A lo largo del estudio y de la lectura de ciertos comentarios en la anotación, da la impresión de que Roncero evita defender y declarar una posición definida en cuanto al conocimiento de Quevedo en la lengua hebrea. En la *España defendida*, Quevedo reivindica el hebreo y otros idiomas de la Antigüedad (i.e. siríaco, caldeo / arameo, griego, latín) con la intención de reforzar sus argumentos del nacionalismo católico español. En el contexto hebreo, Roncero retoma las palabras de Perea Sillar calificando a Quevedo como filohebreo y antisemita ya que, al tiempo que ataca a los judíos (en particular en las obras posteriores a 1630), acaba apropiándose de su idioma como el origen verdadero y sagrado de la lengua española. Está claro que, para lograr dicho objetivo, Quevedo tuvo que obtener un buen nivel de conocimiento del hebreo a través de largos años de estudio, tanto universitarios como autodidactas.

De hecho, una de las preguntas que surgen a través de la obra gira en torno, precisamente, al nivel de hebreo que poseía nuestro autor áureo. Roncero parece querer evitar proporcionar una respuesta concluyente, aunque deja entender, mediante ciertos comentarios, que comparte

la opinión de Caminero y Pascual Recuero, los cuales defendían que Quevedo estaba en posesión de un nivel notable del idioma. Sobre el comentario de don Francisco respecto al acercamiento gramatical del español y hebreo, dice así: «Quevedo no se va a extender más allá en sus explicaciones, no entra en detalles sobre este aparato gramatical, quizás porque consideraba que el lector de su obra no podría seguirlo, y no porque no poseyera suficientes conocimientos de la lengua hebrea» (p. 44). Del mismo modo recoge la cita de Caminero que propone que la mezcla de referencias de Quevedo es «para hacer la referencia localizable» (p. 87, es una cita que Roncero retoma de Caminero). A mi entender, tales conclusiones no han de ser consideradas como definitivas, ya que el estudio del nivel de conocimiento de Quevedo de lenguas semíticas, en particular del hebreo, no es muy preciso; esto se aprecia en varios ejemplos de errores del idioma (i.e. errores de ortografía, sobre-interpretaciones, etc.).

Roncero incluye la *España defendida* en los marcos del Humanismo áureo, cuya extremosidad es el «nacionalismo militante» (p. 14) quevedesco. Dicho nacionalismo se fortalece a través de los distintos campos humanísticos que forman parte de la *studia humanitatis*. Un ejemplo de tal diversidad es el punto de vista lingüístico: el pasaje en el que Quevedo revisa la forma etimológica de varias palabras españolas, además de proponer ciertas expresiones en hebreo que, según él, describen una mentalidad que aparece también en el idioma español y, por consiguiente, en su pueblo.

Su pertenencia a la tradición humanística es probablemente el carácter más destacado en la obra, siendo un aspecto que fue tratado en buena medida por parte del editor. Roncero, estimado profesor e investigador de la Universidad de Stony Brook (Long Island, Nueva York), presenta ejemplos, citas y argumentos significativos que sitúan al humanista madrileño entre los escritores más importantes dentro aquellos caracterizados por la intención de adoctrinar al público lector. Por ello, Roncero afirma que el nacionalismo que luce de Quevedo «es uno de los rasgos constitutivos fundamentales del Humanismo europeo de los siglos xv y xvi» (p. 13). A lo largo de su estudio preliminar, el investigador insiste en la importante influencia humanística del mundo antiguo (Homero, Cicerón, Quintiliano, Suetonio o Plinio el Viejo) y los más contemporáneos para el autor; humanistas como Gerardo Mercator, Joseph-Juste Scaliger y Marc-Antoine Muret de cuyos ataques defiende a España y Melchor Cano y Justo Lipsio, con quien mantenía breve correspondencia. De tal forma que en este texto de elogio a España, Nacionalismo se convierte en una palabra que Roncero destaca a menudo a lo largo de su estudio histórico, literario y textual.

Además de ser una «*laus Hispaniae*» (en varias ocasiones Quevedo nombra una lista de las hazañas españolas), la *España defendida* está — en aras de la nueva y revolucionaria reflexión política particularmente en vigor desde el principio del siglo xvi—, muy influida por la reflexión

en torno a Erasmo y Maquiavelo. Las consideraciones en torno a la enseñanza del príncipe gobernante ya aparecen en la era pre-cristiana. Sin embargo, el rescate de esta temática provocó una nueva ola de auto reconocimiento, así como una renovación de las ideas e ideales tanto del individuo —sobre todo el escritor— como del grupo de intelectuales que apoyaron dicha actitud. Roncero lo considera todo esto en su estudio de la obra, indagando en la impresionante y cautivante intertextualidad en la obra, la cuál resulta una ardua tarea, por mucho que uno tenga un amplio conocimiento y bagaje cultural. La dificultad de la investigación de las menciones intertextuales implícitas y explícitas en las inacabables referencias de Quevedo no se limita a la cantidad de las obras estudiadas por el autor madrileño, sino que se extiende también a la accesibilidad de todas sus fuentes hoy en día. Por ello, Roncero, el director del Instituto de Estudios Auriseculares (IDEA) merece una alta consideración, tanto por su laborioso y minucioso trabajo a la hora de encontrar las fuentes citadas, como por la amplia gama de fuentes propuestas para las referencias intertextuales (desde judíos como Isaac Abrabanel, Shelomoh ibn Verga; cronistas como Obispo de Tuy o Florián de Ocampo y escritores de otras nacionalidades como el francés Jacques de Drosay). Así que no nos queda sino emprender este viaje en el mundo humanista áureo que nos ofrece Quevedo con su obra histórica «fidedigna y verdadera» como reivindicaba el mismo, descifrándola mediante una edición enriquecedora.

Shai COHEN
Universidad de Navarra

Cacho Casal, Rodrigo, *La esfera del ingenio. Las silvas de Quevedo y la tradición europea*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, 272 pp. (ISBN: 978-84-9940-424-0)

Tras varios años dedicados a examinar la obra quevediana, Rodrigo Cacho Casal presenta las páginas de su nuevo libro como «una despedida y un desahogo». Puede que se trate, pues, del último eslabón en la trayectoria quevedista del autor, algo que no dejarán de lamentar quienes hayan podido apreciar la relevancia de sus aportaciones y la fecundidad del diálogo que entabla con la crítica.

Con este libro quiso «ofrecer una lectura de cuatro silvas que [...] profundizara en su estructura, estilo e ideología, conectando estas composiciones con la trayectoria poética de Quevedo». Pero, además, se trataba también de «definir los mecanismos literarios e intelectuales que sustentan la nueva estética barroca», mecanismos cuyo estudio recibe la influencia de la obra de Michel Foucault, *Les Mots et les choses*. Estos objetivos se logran en las dos partes que constituyen el libro. La primera versa sobre el conceptismo y el lenguaje (capítulo 1) y sobre la